El héroe que todo lo aprendió en los libros

Félix de Azúa
(ETS de Arquitectura de Barcelona, España)

Resumen

Para Fernando Savater, filosofía, literatura y acción ética, son inseparables. Podría aducirse que afirmar tan sorprendente unidad es un juego *literario*, pero la intención de este artículo es poner de manifiesto la seriedad de semejante juego y sus notables consecuencias. La intimidad del narrador con el héroe narrado y la del filósofo con su propio juicio ético, produce un sólido de tres aristas en el que se funden narrador, filósofo y hombre de acción de modo indisoluble. Tal era la unidad descrita en los años setenta y nunca ya cambiaría. Por lo menos, transcurridos treinta años nada ha cambiado.

Palabras clave: Fernando Savater, filosofía, literatura, acción, ética

Abstract

For Fernando Savater philosophy, literature and ethical action cannot be separated. One might assume that the affirmation of such a surprising unity is a literary game, but this article aims to show how serious that game is and how important are its consequences. The intimate relationship between the narrator and the narrated hero, and between the philosopher and his own ethical judgment creates a three tiered whole in which the narrator the philosopher and the man of action are united in an indissoluble way. This was the unity described in the 1970s and it was to remain unchanged in the thirty years that have followed.

Key words: Fernando Savater, Philosophy, Literature, Action, Ethics

A veces, aunque no siempre, los escritores tienen la fortuna de vivir una noche pascaliana durante la cual se les aparece con toda nitidez el mapa del universo, y a partir de ese momento dedican todos sus esfuerzos a clarificar zonas, territorios y demarcaciones, porque la totalidad sobre la que se instalan ya no cambiará nunca más. Despejar incógnitas es, en su caso, el equiva-

Araucaria. Revista Iberoamericana de Filosofía, Política y Humanidades, N° 17. Mayo de 2007. Págs. 30-40.

lente de proceder al registro catastral de una provincia, explorar un bosque o proyectar puentes sobre los ríos.

Yo diría que la noche pascaliana de Fernando Savater está perfectamente reflejada en uno de sus libros más señalados, *La infancia recuperada* (1976), escrito cuando estaba cercano a cumplir los treinta años. Allí nos muestra el mapa general del continente que luego será explorado, sucesivamente, por el literato, el filósofo y el hombre de acción. El ámbito es uno, la actividad triple.

Quizás habría que decir, desde ahora mismo, que literatura, filosofía y acción no son figuras separadas en la dramaturgia de Savater, sino modos de un sujeto único. El filósofo y el poeta comparten la misma actividad, "mostrar los nexos no evidentes entre los seres", según dice en "El aroma de Santayana", (*Archipiélago*, mayo 2006), pero ya en 1981 había defendido, siguiendo a Schelling, "una 'filosofía narrativa' (...) en directa relación con los mitos, es decir, con las historias que simbolizan el significado de la vida" (TH, 91). Volveremos sobre ello.

En cuanto al hombre de acción, tampoco puede separarse del personaje literario, ni del filósofo narrativo. Desde sus primeros libros, Fernando Savater afirma que no hay separación entre figuras "reales", "históricas" o "ficticias". Así, en *Criaturas del aire* (1979), aparecen personajes literarios como Dulcinea o Phileas Fogg, pero también Bakunin, Miguel de Mañara o Nerón. Y lo que es más chocante, el propio "Fernando Savater" figura allí de personaje literario o criatura del aire, con una nota en la que se le describe como "personaje humorístico" (CA, 178). Filosofía, literatura, acción ética, son inseparables.

Podría aducirse que afirmar tan sorprendente unidad es un juego *literario*, pero la intención de este artículo es poner de manifiesto la seriedad de semejante juego y sus notables consecuencias. La intimidad del narrador con el héroe narrado y la del filósofo con su propio juicio ético, produce un sólido de tres aristas en el que se funden narrador, filósofo y hombre de acción de modo indisoluble. Tal era la unidad descrita en los años setenta y nunca ya cambiaría. Por lo menos, transcurridos treinta años nada ha cambiado.

Añadamos que no hay ni una sola página de Fernando Savater que no sea autobiográfica a la manera de Nietzsche o de (casi todo) Kierkegaard. El yo-narrador de los tres escritores, a diferencia del *je*-narrativo de Descartes, no impone distancia alguna entre el sujeto y la representación. Por esta razón ya desde el prólogo advierte Fernando Savater: "A lo que más se parece este libro es a un volumen de memorias" (IR, 13), con la peculiaridad de que estas memorias y recuerdos no son de los que pueden disecarse en un álbum de fotos, no caben en una figura visible: su lugar es el relato, la narración, el

cuento, porque ninguna imagen puede fijar el recuerdo mítico, el instante en el que el héroe toma una decisión y entra en acción.

Estamos hablando de un oxímoron, de unos recuerdos inmemoriales próximos a la tradición oral y que se encuentran en el origen de los valores éticos fundamentales[1]. Si algún sentido tiene la palabra "bondad", éste no puede ser sino la capacidad para entrar en acción según valores que no dependen de la causalidad, del beneficio, del provecho, sino de algo previo a cualquier cálculo de consecuencias.

> "Se intenta así reconstruir –evocar– el nivel *ético* de la narración, su importancia fundacional en la adquisición de una moral que no remita ante todo a la timorata corrección de las costumbres, sino a eso que alude la expresión española 'tener la moral alta, tener mucha moral': la rebelión ante la necesidad ciega" (IR, 15)

Acostumbrados a enjuiciar los actos según hayan sido sus consecuencias, el planteamiento de Fernando Savater nos sitúa en un lugar exterior a toda la ética académica y en el momento *previo* al dictamen sobre la responsabilidad del que actúa. Así por ejemplo, el valor de la decisión de Jim, en *La isla del tesoro* (no menos heroico tras haber elegido a los "malos" en lugar de a los "buenos"), no depende de nuestro juicio sobre el oficio de pirata y el de oficial de Su Majestad, sino de algo *anterior* a ese juicio (IR, 46). Y por supuesto tampoco depende de que el niño acabe de mala manera o como heredero de un tesoro.

Los decaídos héroes novelescos o históricos de la modernidad suelen tener asumida su derrota porque ya han reflexionado sobre las consecuencias de sus actos y saben que su decisión les conduce fatalmente al fracaso. Son héroes estoicos y calculadores. El héroe de la memoria y de la narración mítica, por el contrario, no tiene la menor duda sobre el éxito de su empresa, no ve la más mínima sombra de negatividad, y no la ve porque no está aplicando sus conocimientos técnicos y científicos, sino un valor que se sitúa en el "origen genealógico de la moral".

> "En el momento vigoroso y ambiguo que la narración relata asistimos al origen genealógico de la moral. Pero no del moralismo y éste es el punto crucial. En la narración, al héroe (...) todo se le vuelve bien, fuerza y victoria; incluso si es derrotado y aniquilado (...) el lector sabe que al protagonista nada puede pasarle de malo, ni siquiera aunque perezca

[1] La autoridad de lo oral es una constante de Fernando Savater. Por estas mismas fechas escribía: "gozar de esos poetas cuyo toque parece remitirnos a la dichosa invención del lenguaje, antes de la aparición burocrática de la escritura, etc." (*La piedad apasionada*, p. 83, 1977).

> (...) Noble y generosa ingenuidad, nacida libre, que aún no separa el bien del triunfo del bien, ni el mal de la derrota del mal" (IR, 29)

Cada héroe protagoniza un mito, un relato universal capaz de fundar los valores de la ética, antes de que ésta aparezca como una disciplina académica y cuando tan sólo es el resultado de una admiración originaria. El valor de lo bueno surge sin concepto. Si así no fuera, "lo bueno" sería una categoría ancilar y mera consecuencia lógica de "lo verdadero", sin consistencia propia, de tal modo que únicamente podría ser "buena" aquella acción cuyo resultado pudiera interpretarse lógicamente como *eficaz* desde el principio, lo cual es imposible. El héroe de la narración es "bueno" sin concepto.

Todo lo anterior trae como consecuencia que la narración heroica es anterior a la filosofía, no sólo en sentido genealógico, sino también ontológico[2]. De hecho si la filosofía tiene la capacidad de influir sobre nuestra conciencia, si la filosofía tiene algún valor, es porque lleva incorporada la narración que la funda: "si el filósofo realmente cuenta, es decir, si vale, lo que cuenta es una historia" (IR, 20). Como se ve, todo descansa sobre el estatuto de la narración, a cuya descripción dedica el fundamental capítulo titulado "La evasión del narrador".

Siguiendo la senda abierta por Walter Benjamín en su célebre artículo "El narrador", Fernando Savater propone un contraste de géneros (novela *versus* narración) que le permite evitar la definición (la cual nos devolvería al terreno de la verdad y del concepto) y de ese modo tantea una definición negativa. La narración es aquello que *no* es la novela.

Si la narración es rememoración de lo inmemorial, la novela es historia: cuenta sucesos que ponen de manifiesto los problemas y tribulaciones de las sociedades modernas, los propios de la vida convencional secundaria, siendo la primaria la propiamente heroica.

> "Llamo 'convenciones secundarias', para seguir con la sociología de urgencia, a las que nacen de la implantación del dominio de la burguesía y tienen su mejor exponente argumental en las novelas de Flaubert o de Stendahl: adulterio, medro económico, adaptación o inadaptación al medio social, problemas religiosos, triunfo de la honradez y la laboriosidad o derrota de ambas por la injusticia, perplejidades psicológicas de todos los matices, lacras de la miseria o de la corrupción viciosa..."[3] (IR, 22).

[2] Otra posición perdurable de Fernando Savater. En su último escrito publicado hasta la fecha alaba la filosofía de George Santayana justamente porque "huele a literatura" (*El aroma de Santayana*, *Archipiélago*, número 70, mayo de 2006).

[3] Casi treinta años más tarde Fernando Savater mantuvo un diálogo con José Luis Pardo al que luego haremos referencia. Me pregunto si la primariedad del héroe según Fernando Savater no es sino el resultado de la secundariedad según José Luis Pardo y su correlato necesario, según se expone en *La regla del juego*, Galaxia Gutenberg, 2005.

Frente a los problemas habituales y cotidianos de las sociedades burguesas, el héroe primario mantiene el registro inmemorial del recuerdo mítico. De ese modo la narración mantiene su capacidad formadora, su pedagogía fundamental y originaria, frente a la novela, la cual no transmite sabiduría sino información. En la narración sobrevive y continúa su tarea formativa la *paideia* originaria. Por lo tanto, el héroe de la narración inmemorial no puede identificarse con ningún "yo histórico", que es lo propiamente novelesco. El personaje de novela es original, individual, marcadamente único (incluso cuando se llama "K"), en tanto que el héroe originario es *multitud* porque es anterior a la individuación psicológica.

> "Lo específico de la narración es suponer que cada hombre se parece más a todos los hombres que a ese impreciso y vago fantasma que llamamos 'él mismo'" (IR, 27).

Se entiende ahora por qué decíamos al principio que todos pertenecemos al territorio del héroe, que éste no es un ser excepcional o divino sino de lo más común, y por qué razón Fernando Savater podía considerarse a sí mismo como un personaje de ficción, una más entre las criaturas del aire. Pocos años más tarde, en 1979, insistirá:

> "No es que nos identifiquemos con el personaje (del relato), sino que éste nos identifica, nos aclara y define frente a nosotros mismos (...) La pasión por la literatura es también una forma de reconocer que cada uno somos muchos" (CA, 13).

La identificación novelesca nos permite vivir a través del personaje las experiencias propias de "uno mismo". La identificación con el personaje heroico, en cambio, nos hace vivir la experiencia de "todo el mundo", la fundamental y originaria.

La diferencia se ahonda cuando a la experiencia narrativa le añade Fernando Savater lo que llama "el sentido de la vida". En la novela, casi siempre es la muerte lo que da sentido a la vida, de modo que ese sentido se construye remontando desde el final hacia el principio. En la narración, es la vida la que da sentido a la muerte y la rescata, de tal manera que ni siquiera hay negatividad cuando el héroe muere, lo que produce esa sensación de inacabamiento tan característica de la narración mítica, la cual, estrictamente, no tiene fin ni conclusión (IR, 31).

Dicho de otro modo, la novela es necesariamente "realista" o "naturalista" porque ha de mostrar la vida "tal como es". La narración, en cambio, nos permite experimentar la superación de la realidad y entrar en el terreno de lo maravilloso, allí en donde tiene su guarida el insumiso: "no prestar crédito a lo que éste mundo ha decidido proclamar "real" en él mismo parece la primera y más saludable vocación de los insumisos" (IR, 36).

Y hete aquí que de un modo natural, el mundo del héroe que todos *podemos ser*, nos lleva a la ética y a lo que todos *debemos hacer*, porque la función formativa de la narración no es otra que el mantenimiento de los valores éticos inmemoriales en un mundo raso, "novelesco". Ahora bien, esta ética no puede ser una ética positivista, normativa, sociológica, "novelesca", sino una ética trágica que aparece rectamente formulada en 1981 en otro de sus más celebrados ensayos, *La tarea del héroe*, y en su complemento explícito, la esperable *Invitación a la ética* (1982).

¿Cómo unir fundadamente la permanencia viva del mito y la inaplazable obligación de actuar en un medio que no es en absoluto heroico? Si la narración se definía negativamente respecto de la novela, la ética trágica lo hace contra las éticas académicas. Frente a ellas, en lugar de resolverla, la ética trágica mantiene la escisión destino/libertad sin tomar partido por el "triunfo del bien" ya que el valor de la acción es previo a sus consecuencias:

> "El objetivo fundamental de cualquier investigación ética que hoy aspire a trascender el academicismo trivial será buscar el momento originario del tratamiento ético, es decir, *el punto en que la acción comienza a ser valorada sin coagularse todavía en juicio objetivador*, la mirada que considera a la acción como tal y la valora *antes de decidir si es buena o mala*, incluso resistiéndose a someterla a esta dicotomía legal" (TH, 24) (cursiva del autor)

Resuena en el oído del lector aquella admiración sin concepto que hacía del héroe la encarnación del valor *antes* del conocimiento de las consecuencias de su acción, como si la responsabilidad se situara en el umbral y previamente a que hubiera nada sobre lo que responder. También ahora los valores de la ética trágica son previos a la escisión entre bien y mal.

> "Llamo 'trágica' (...) a la postura ética que no pretende resolver la antinomia destino/libertad (...) ni sustentar el inevitable triunfo trascendente del Bien como sentido de la ética (...) Se pretende ir más allá de la antinomia, pero conservándola; más allá del bien y del mal, pero sin *superar* esta dicotomía, buscando el origen indistinto en que la distinción nace, origen en el que descubrimos que jamás podrá darse el triunfo definitivo de una de las polaridades contrapuestas y *que esto no sólo no invalida el sentido de la ética, sino que lo funda*" (TH, 25) (Cursiva del autor)

El juicio trágico se ejerce con anterioridad al encadenarse de los eslabones causales puestos en marcha por la acción heroica. Podría decirse que el objeto de la ética trágica es la pura decisión y el ejercicio de la libertad sin ataduras. En la senda de Sartre, Fernando Savater también cree que "ser libre" no significa *obtener* lo que uno desea, sino saber *elegir* lo que se quiere

(TH, 61). En el ejercicio de la libertad, que el final sea feliz o desdichado no puede entrar en consideración.

> "Ni libertad racional, angélica, ni determinismo mecanicista, la tragedia propone un modelo de destino en el que la libertad es perdición y orgullo, pacto y aniquilación: ciertamente no hay salvación, pero la acción es soberanamente posible y se mantiene firme la resistencia a dejarse poseer" (TH, 65)

La espontaneidad de la decisión, anterior a todo beneficio o pérdida, posee la energía fundadora de un acto mágico, poético o artístico. Es un *fiat* que trae al mundo todo lo necesario para que haya acción, pero ésta queda detenida en su ser instantáneo, independiente del mecanismo causal incalculable que pueda haber iniciado. Esta situación externa a la temporalidad histórica es la que obliga a que el valor trágico encarne, necesariamente, en una figura heroica que sólo puede ser *narrada*, nunca reflexionada: "*Héroe es quien logra ejemplificar con su acción la virtud como fuerza y excelencia*" (TH, 111, cursiva del autor).

En un razonamiento no exento de la circularidad nietzschiana, la narración heroica funda la acción trágica, la cual sólo puede exponerse como peripecia ejemplar de un héroe, cuya decisión funda el mito, etcétera. La ejemplaridad de la acción se asemeja a la obra de arte en que no tiene más justificación que su misma presencia, su aparición en el mundo y entre nosotros. Si hay una palabra atada a la narración heroica esa palabra es "aventura", pero ahora es claro que debe entenderse exclusivamente como aquello que *niega* la desventura y la desventura es el mero no ser. Lo venturoso de la obra de arte es que *es*. Y como la obra de arte, también la aparición del héroe es simultáneamente lo más inesperado y lo absolutamente esperable. Y ambos fundan el valor, no en la verdad, sino en la evidencia. Lo cual nos conduce apaciblemente hacia nuestro último momento.

El héroe, como la obra de arte, puede parecer raro, infrecuente, lujoso y distante, sin embargo, tanto la obra de arte como el héroe, dadas las premisas de Fernando Savater, no pueden sino ser algo de lo más *común*. Está en su esencia pertenecer a todo el mundo y poder aparecer en cualquier situación. La obra de arte, como el héroe, es lo más frecuente, lo más simple, lo más cotidiano. Cada uno de nosotros, en nuestra particular circunstancia histórica, social y biológica, podemos ser héroes del mismo modo que es casi imposible que no seamos artistas.

El ensayo donde Fernando Savater da las más claras pistas, los argumentos menos divagatorios, sobre este condenado asunto de la democracia entendida heroicamente, es, no me cabe duda, *Las preguntas por la vida*, de 1999, donde ahonda los temas tratados en *Ética para Amador* del año 1991

(libro que le sepultó en el reconocimiento internacional), pero ahora dirigiéndose a un público adulto.

Quizás abuso de mi imaginación, pero creo oír en estas preguntas vitales algo así como el testimonio de alguien que *ya* tomó una decisión, que conoce de qué va el asunto y que trata de comunicar a sus semejantes la necesaria naturalidad del paso dado. En su particular y azarosa circunstancia, Fernando Savater tuvo que pasar a la acción en un medio histórico y social concreto, las provincias vascongadas a comienzos del siglo XXI, contra un adelanto de la muerte llamado ETA[4]. La tarea que se le presentó no era otra que la de enfrentarse al fascismo vasco. La ética trágica dictaba mantener la coherencia del destino propio y luchar contra los apoderados de la muerte, es decir, por la libertad de una sociedad amenazada. En su obra, Fernando Savater siempre ha defendido que es más difícil *resistirse* a la tarea heroica que entregarse a ella. Más esfuerzo y dolor requiere disimular, colaborar, humillarse, desaparecer, huir, obedecer a los asesinos y a sus secuaces, que decir: "Basta ya".

El argumento sobre la simplicidad de lo heroico parte de que todos sin excepción y sin necesidad de asistir a clases de ética en la universidad, sabemos cuál es nuestra obligación (qué es lo que queremos) cada vez que nos enfrentamos a una invitación de la muerte. No obstante, la necesidad inmediata de la acción heroica no es fatal, no es biológica, no es determinante, y por eso puede *no darse*. La libertad de la decisión aparece de la mano de Sófocles.

> "A los animales, la inteligencia les sirve para procurarse lo que necesitan; en cambio a los humanos nos sirve para descubrirnos necesidades nuevas. El hombre es un animal *insatisfecho*, incapaz de satisfacer unas necesidades sin ver cómo otras apuntan en el horizonte de su vida" (PV, 101) (Cursiva del autor)

Este asunto de la insatisfacción, tan esperable en un lector de Schopenhauer, lleva consigo el añadido de la *inquietud* que Heidegger señala en Sófocles (segundo coro de *Antígona*) cuando el trágico define al humano como "lo más inquietante". Los humanos inventamos constantemente nuevas tareas y somos incapaces de dejar las cosas tal cual están. Nuestra inquietud transforma sin pausa la tierra y nos transforma a nosotros mismos. La insatisfacción de Schopenhauer no es distinta de la inquietud de Sófocles y ambas están presentes en el héroe de Fernando Savater. Todo humano es un héroe porque sólo aquellos que renuncian a ser humanos dejan las cosas tal cual están, se acomodan, se resignan, se doblegan, parasitan o se aburren. O lo que es igual, abandonan el reino humano y entran en el reino vegetal.

[4] La historia personal de esta decisión se encuentra en *Perdonen las molestias. Crónica de una batalla sin armas contra las armas*, El País, 2001, cuyo título ya lo dice todo.

El mecanismo que hace posible esta inquietud esencial del humano no ha de ser otro que el lenguaje, el cual nos permite proyectar y compartir nuestros sueños con otros humanos. La imaginación, la capacidad de ver sin tener lo visto delante de los ojos, es la fuerza que orada constantemente el muro de hormigón que nos presenta la vida, todas las vidas, bajo la forma de *lo inevitable*.

> "Gracias al lenguaje cuentan para los humanos aquellas cosas que ya no existen o que todavía no existen... ¡incluso las que no pueden existir!" (PV, 106)

Este es una nueva presentación de la inmemorialidad de los recuerdos heroicos. Permanece en nuestra memoria lo que ya no existe, lo que existió, pero también lo que quizás nunca exista, como por ejemplo una sociedad sin asesinos ni colaboradores en el País Vasco. El héroe "recuerda" un país en paz y formado por ciudadanos libres. De modo que para él tomar una decisión es lo más fácil del mundo. Se trata, sencillamente, de habitar el mundo habitable.

> "El hombre *habita* en el mundo. 'Habitar' no es (...) simplemente 'estar dentro' del mundo como un par de zapatos están dentro de su caja (...) Para nosotros los humanos, el mundo no es sencillamente el entramado total de los efectos y las causas sino la palestra llena de significado en la que actuamos. 'Habitar' el mundo es 'actuar' en el mundo (...) Los humanos no solo respondemos al mundo que habitamos sino que también lo vamos inventando y transformando de una manera no prevista por ninguna pauta genética" (PV, 141)

La invención del mundo es libre, en el sentido de que ninguna previsión racional podrá dar cuenta de la cadena de consecuencias, la cual sólo se explica "hacia atrás", cuando ya todo es inevitable y todo lo real es racional. Así que: "Somos lo que queremos" (PV, 151), porque aquello que queremos es lo que nos hace ser como somos, pero al mismo tiempo "somos lo que no somos, lo que aun no somos o lo que anhelamos ser"[5] (PV, 152). La tarea del héroe es dar sentido a la vida mediante la transformación constante del mundo en la dirección de "lo que (aún) no es". Para lo cual ha de estar en perpetuo combate contra los efectos adelantados de la muerte, contra la pasividad, el hastío, el cinismo, el egoísmo, el rencor, en fin, todos aquellos elementos mortíferos que condenan a la vida a carecer de sentido.

[5] De nuevo un juicio de 1999 puede rastrearse quince años atrás: "para *lograr vivir* hay que razonar, pero para *querer vivir* es preciso imaginar" (*Instrucciones para olvidar el Quijote*, Taurus, 1985, pág. 11). Para Fernando Savater es claro que la pregunta esencial no es "cómo vivir" sino "para qué vivir".

La tarea del héroe es la de todos y cada uno de nosotros, no tiene nada de grandioso, es algo tan simple como "mantener alta la moral" y esa es la ética trágica que no anuncia ni vende "triunfo del bien" ninguno, tan sólo un modo de habitar el mundo digno de ser narrado.

En un extraordinario párrafo que reproduzco por entero, fija Fernando Savater cuáles son, a su juicio, los objetivos de una sociedad éticamente respetable, un lugar en donde se *pueda* vivir y no sólo se *deba* morir.

> "Si la muerte es olvido, la sociedad será conmemoración; si la muerte es igualación definitiva, la sociedad instaurará las diferencias; si la muerte es silencio y ausencia de significado, el eje de la sociedad será el lenguaje que convierte todo en significativo; si la muerte es completa debilidad, la sociedad buscará la fuerza y la energía; si la muerte es insensibilidad, la sociedad inventará y potenciará todas las sensaciones, el derroche "sensacional"; como la muerte es el aislamiento final, la sociedad instituirá la compañía del afecto y el mutuo auxilio en la desventura; si la muerte es inmovilidad, la sociedad humana premiará los viajes y la velocidad que nada logra detener; si la muerte es repetición de lo mismo, la sociedad intentará lo nuevo y amará como algo siempre nuevo los viejos gestos de la vida, los nuevos seres como nosotros, la progenie indomable de los mortales; contra la putrefacción informe cultivará la hermosura, el juego donde puede morirse y resucitarse muchas veces, las metamorfosis del significado" (PV, 278).

Todas las vidas corren peligro de caer en la muerte y lo que es aun peor, de vivir en la muerte. Algunas, sin embargo, asumen ese peligro no como una amenaza sino como un estímulo. En su mencionado diálogo con J.L. Pardo, decía Fernando Savater:

> "Quizá gente como yo debiese estar agradecida al 'obstáculo' que la terca realidad de la situación vasca (…) ha supuesto en nuestras agradables y cómodas carreras intelectuales. Porque nos ha obligado a razonar contra nuestro narcisismo, contra la moda apreciada internacionalmente, contra aquellas preocupaciones distinguidas cuya frecuentación nos *halaga* y nos realza, por muy desasosegante que sean" (PC, 60). (Cursiva del autor).

Así, con agradecimiento, asume Fernando Savater su tarea particular. Desde el año 2000 vive protegido por guardias de seguridad. Hoy, en septiembre de 2006, y a pesar de la negociación que el PSOE ha abierto con ETA, algunos ciudadanos, como Fernando Savater, siguen viviendo gracias a la protección de los guardias. Esas escoltas cuidan, en realidad, las escuetas áreas de libertad que quedan en aquel lugar. Y esas áreas libres son las que mantienen viva la memoria de un país digno, es decir, un país que bien vale un relato, se logre o no se logre la derrota de los apoderados de la muerte.

Obras de Fernando Savater citadas en este artículo

La infancia recuperada, Taurus, 1976
La piedad apasionada, Sígueme, 1977
Criaturas del aire, Planeta, 1979
La tarea del héroe, Taurus, 1981
Invitación a la ética, Anagrama, 1982
Instrucciones para olvidar el "Quijote", Taurus, 1985
Ética para Amador, Ariel, 1991
Las preguntas de la vida, Ariel, 1999
Perdonen las molestias, El País, 2001
Palabras cruzadas, (con José Luis Pardo) Pre-Textos, 2003
"El aroma de Santayana", *Archipiélago*, número 70, mayo 2006